

dominio del ducado de Bretaña, las rindiesen, entregasen y librasen á los señores que el rey enviaba con este objeto.»

Pero estos barones, por poderosos que fueran, no eran toda la Bretaña. El vizconde de Rohán, que en seguida se arrepintió de su juramento, y Juana de Penthièvre en persona organizaron la insurrección. Cuatro jefes militares y cuatro jefes civiles fueron secretamente designados para ponerse al frente de la resistencia; en el mes de mayo de 1379 llamaron otra vez al duque Juan IV. Este partió de Southampton con doscientos hombres de armas, y desembarcó el 3 de agosto en Dinard, á la entrada de la Rance. Las costas de la bahía estaban llenas de una multitud de nobles, de clérigos, de burgueses y de aldeanos vestidos con sus mejores trajes. Cuando el duque saltó á tierra, ellos se arrodillaron.

Las hostilidades, que empezaron poco después, fueron insignificantes. Algunas bandas de bretones fueron á saquear las fronteras de Normandía y de Bretaña. Una flota española, enviada por Carlos V, hizo inútiles tentativas delante de Guérande y del Croisic, después á la entrada del Morbihán. Du Guesclín no adelantaba nada: «Estaba pesaroso, no podía más,» siendo demasiado bretón para obrar contra la Bretaña, y demasiado francés para abandonar á su rey; procuraba negociar, y el duque de Anjou, enviado á la frontera de Bretaña como lugarteniente del rey, hubiera querido igualmente entrar en negociaciones.

Es posible que Carlos V dudase entonces de la fidelidad de Du Guesclín. El condestable tenía enemigos cerca del rey; el señor de la Rivière insinuaba que era «de la banda del duque de Bretaña.» Juan le Mercier hacía, indudablemente, peores insinuaciones contra él: en ocasión muy reciente el condestable le había tratado «de hombre sucio, traidor y ladrón al rey de Francia.» Cuando Du Guesclín vió que le hacían tan flaco servicio, tuvo «muy gran duelo» y quiso alejarse, y hasta volver á España, según se decía. Pero el descontento del rey se había exagerado: por su parte los duques de Anjou y de Borbón fueron á Pontorson á encontrar á Du Guesclín, y éste, háyase dicho lo que se quiera, conservó su espada de condestable. Fué á servir al rey fuera de Bretaña, contra las compañías.

VII.—La muerte de Du Guesclín (1)

Los bandidos, aparecidos nuevamente con la guerra, habían recommenzado el curso de sus hazañas en los países vecinos de las fronteras anglo-francesas, sobre todo en la vertiente meridional de la Meseta Central. Al lado de los jefes que tienen un pasado bien repleto, pero que parecen infatigables, como los dos gascones Bertucat de Albret y Bernardón de la Salle, aparece una nueva generación de capitanes que valen tanto como los antiguos. Froissart ha referido las odiosas hazañas del bretón Geoffroy Tête-Noire y del escudero lemosín Aimerigot Marchès. El mal que hicieron fué infinito. Los cónsules de Bergerac nos han dejado, de los daños sufridos por su país desde el 20 de febrero de 1379 hasta el

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, 1887. P. Durrieu, *Les gascons en Italie*, 1885. Labroue, *Le livre de vie et les seigneurs du Périgord blanc*, 1891. Boudet, *La Jacquerie des Tuchins*, 1895.

15 de junio de 1382, una lista curiosa que titularon el «Libro de vida:» es «el recuerdo de los grandes males y perjuicios causados é infligidos á los habitantes de la villa y castellanía de Bergerac por las personas y malhechores más abajo nombrados, y los días y los años en los cuales estos daños han sido hechos, causados y perpetrados, y la naturaleza de estos daños. Han sido inscritos aquí para que se recuerden, á fin de que en el porvenir, cuando haya llegado el tiempo, los referidos malhechores puedan ser castigados por buena justicia, y es de pensar que no llevarán sus pecados al infierno, sino que, para todos los demás que quisieran causarnos perjuicios, ellos servirán de ejemplo.» Toda la enumeración es lastimosa, y es la historia de muchos países: Millau está exhausto á fuerza de rescates y de impuestos; es preciso destruir los arrabales y encerrarse dentro de los muros; en los alrededores de Saint-Flour, los bandidos, establecidos en Carlat, son los amos; como ya no hay trabajo posible, gentes de los arrabales y aldeanos se organizan en bandas y van al merodeo por su cuenta.

El condestable marchó, pues, hacia el Langüedoc con trescientos hombres de armas. Atravesó la parte más perjudicada de la Auvernia y del Gévaudan. En los primeros meses del año, Bertucat de Albret y Pedro de Galard habían instalado sus compañías en las diócesis de Saint-Flour y de Mende, en Chaliers y en Châteauneuf-de-Randon. El duque de Berri ayudó al condestable á tomar Chaliers á primeros de julio; después Du Guesclín fué á poner sitio delante de Châteauneuf.

Allí cayó enfermo y pronto se sintió morir. Entregó su espada al mariscal de Sancerre para que la llevara al rey. Entretanto la plaza había agotado los recursos, y las llaves de la misma se llevaron al condestable «en su pabellón, donde estaba acostado en su lecho de muerte, y las recibió en nombre de su soberano señor el rey de Francia.» Después se encomendó á Dios, á la Virgen, al rey, á los hermanos del rey «y á toda la sangre noble de Francia y en general á todos, nobles, prelados y pueblo de todo el reino de Francia. Y poco después de haber tenido y recibido muy devotamente los santos sacramentos, acabó sus días y entregó su espíritu á Dios.» Según otra versión, había ya muerto cuando fueron entregadas las llaves, lo cual hace decir á la *Crónica del buen duque Luis de Borbón*: «Nunca sitió plaza que no se rindiera á él, vivo ó muerto.» El cadáver de Du Guesclín, después de haber sido embalsamado, fué llevado á París y más tarde depositado en Saint-Denis en una bóveda, muy cerca de aquella otra que debía recibir los restos de Carlos V.

CAPITULO V

FIN DEL REINADO

I. La visita del emperador Carlos IV.—II. El regreso del papado á Roma y el cisma.—III. Últimos momentos del rey.

I.—La visita del emperador Carlos IV (1)

En los últimos años del reinado, dos acontecimientos preocuparon al rey y al reino; uno, de mediano efecto, la visita solemne del emperador; el otro, de

(1) FUENTES.—*Grandes Chroniques de Saint-Denis* (Chronique de Pierre d'Orgemont), edición París, VI, 1838. Sobre las

grandes y graves consecuencias, el cisma de la Iglesia de Occidente.

En el otoño de 1377, Carlos V recibió una carta autógrafa del emperador Carlos IV, quien le anunciaba que pronto vendría á cumplir una peregrinación á Saint-Denis y á Saint-Maur-des-Fossés. Esta visita imperial era como la consagración de las victorias alcanzadas por el rey de Francia en los últimos diez años. ¿Tenía el emperador, al venir á Francia, una intención política determinada? ¿Los éxitos de Carlos V le hacían desear una alianza activa con él, en lugar de la vaga amistad que existía hasta entonces y que no siempre había estado exenta de alguna nube? Preocupado con el pensamiento de su próxima muerte, ¿quería asegurar el apoyo de Francia á su hijo, el rey de los romanos, Wenceslao, que en efecto tendría gran necesidad de apoyo para hacerse elegir emperador, puesto que no era querido en Alemania? ¿O bien, finalmente, no tenía otro designio que pasear su dignidad imperial en un viaje solemne y volver á ver el país y la corte donde había pasado algunos años felices de su juventud?

Acompañado de Wenceslao, el emperador llegó por Cambrai, villa imperial, á la que fueron enviados el señor de Couci, Bureau de la Rivière, Juan le Mercier y algunos otros para saludarle antes de su entrada en Francia. Allí celebró las fiestas de Navidad. En 26 de diciembre se puso en camino para Compiègne, donde le esperaba el duque de Borgoña; en Senlis encontró al duque de Berri. Viajaba más á menudo en litera que á caballo, pues estaba «enfermo y trabajado» por la fiebre. En Saint-Denis hizo grandes devociones á las reliquias y fué á la cripta á visitar «á los buenos señores y damas que yacían allí.»

La corte de Francia tomaba todas las precauciones á fin de evitar que se diese al emperador un signo cualquiera de superioridad. Para la entrada en París, el rey envió á Carlos IV un caballo negro, porque en estas ceremonias el caballo blanco estaba reservado á la persona del soberano. Los teóricos del poder imperial sostenían que toda realeza le estaba subordinada; pero desde hacía mucho tiempo los juristas de Francia, y muy recientemente también, alrededor de Carlos V, Raül de Presles y el autor del *Sueño del Pastor* enseñaban que su rey no tenía más soberano que Dios y que era emperador en su reino.

Jamás en París se había visto cortejo mejor ordenado que el que entró en dicha ciudad el 4 de enero de 1378. El día 5 el emperador tuvo con el rey una conferencia secreta de tres horas. El 6 empezaron las grandes ceremonias: adoración de las reliquias en la Santa Capilla; banquete en la gran sala del palacio, con entre meses (*entremets*) figurando «la historia y ordenanza como Godofredo de Bouillón conquistó la santa ciudad de Jerusalén;» visitas al Louvre, al palacio, Saint-Paul, á Vincennes; recepción de la Universidad por el emperador con largos y pomposos discursos; visita á la reina

otras fuentes, véase á Fournier, *Le royaume d'Arles*, pág. 502, nota 1.

OBRAS DE CONSULTA.—Verunsky, *Geschichte Kaisers Karls IV und seiner Zeit*, 1880-1881. T. Lindner, *Deutsche Geschichte unter den Hapsbürgern und den Luxembürgern*, II, 1893. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de l'Allemagne et de la France*, 1292-1378, 1882. Fournier, *Le royaume d'Arles*, 1891.

y á los príncipes reales, gran consejo en el Louvre, etc., terminando todo con la peregrinación á Saint-Maur. Después de lo cual Carlos IV fué á descansar algunos días á la casa de Beauté. En 16 de enero se despidieron los dos soberanos en Plaisance; los hermanos del rey acompañaron al emperador hasta Meaux. Todos los huéspedes de Carlos V llevaban consigo magníficos recuerdos de su generosidad.

En el curso de su entrevista, los dos príncipes habían conferenciado en secreto y discurrido públicamente. En una gran asamblea de consejo, Carlos V había querido poner al emperador en el trance de pronunciarse contra Inglaterra: Carlos IV había respondido con buenas palabras, haciendo plena justicia al rey de Francia, prometiendo hacer conocer en Alemania de qué parte estaba el buen derecho, hasta recordando que, siendo muy joven, había visto en Amiéns á Eduardo III prestar homenaje á Felipe VI; había inducido á su huésped á no ofrecer condiciones de paz demasiado benignas, y criticado la mala fe de los ingleses. Pero todo esto no eran más que palabras. Al día siguiente el emperador, comprendiendo que su contestación había sido demasiado vaga, había pedido una nueva reunión del consejo; en ella declaró que «quería y ofrecía al rey ser todo suyo contra todas las personas, sostener y guardar sus bienes y su honor, los de su reino, y de sus hijos y de sus hermanos;» y hasta le «entregó una lista, donde estaban declarados y nombrados sus aliados, de los cuales él salía garante.» Pero esto también no eran más que palabras; no se había combinado ninguna acción en común.

Un concurso armado repugnaba en el fondo al emperador, á su edad, á los presentimientos que tenía de su muerte y también á todas sus costumbres políticas; pero la entrevista hubiera podido arreglar las cuestiones de detalle entonces pendientes entre el imperio y la Francia. El esfuerzo, desde hacía tiempo empezado por los reyes de Francia, para extenderse en la región, políticamente indecisa, de las orillas del Mosa, de la cuenca del Saona y de la cuenca del Ródano, había sido continuado por Carlos V: había reclamado privilegios y tratado de ejercer nuevos poderes en el Delfinado y en el reino de Arlés; el casamiento flamenco había asegurado el condado de Borgoña, que era tierra de imperio, á su hermano Felipe. El rey, por otra parte, había perseguido el designio ya formado por su padre de adquirir el condado de Provenza; había alentado al duque de Anjou, quien, con ayuda de Du Guesclín, intentó hacer la conquista del mismo; había negociado para procurarse derechos á la sucesión de Juana de Nápoles, condesa de Provenza. Pero solamente en un punto quiso el emperador dar satisfacción, y una satisfacción más aparente que real, á las ambiciones del rey de Francia. Concedió al delfín, al futuro Carlos VI, que tenía entonces diez años, el vicariato imperial, á título vitalicio, en el reino de Arlés. Este vicariato, que comprendía la mayor parte de los derechos de regalía y la jurisdicción suprema, se extendía á todo el valle del Ródano, al condado de Borgoña, á los condados de Provenza y de Forcalquier y á una parte del Piamonte. Los mismos poderes se confirieron, por acta especial, al delfín en el Delfinado y en los obispados de Valence y de Die; finalmente, dos castillos que dominaban Vienne fueron